

AFICIÓN/ El metalúrgico Bernardo Santos vuelve a su orígenes laborales restaurando pequeños carros / Unos vehículos que fueron signo de distinción el siglo pasado.

Las calesas, de signo de distinción a joya de coleccionista en sólo un siglo.

Bernardo Santos Peñín es un conocido empresario en el sector metalúrgico de La Bañeza. Desde hace más de cuarenta años, su empresa ha sido imprescindible en la expansión de la construcción en la ciudad, dentro del tema de la carpintería metálica. La firma Santos Peñín ha venido evolucionando con los años al ritmo de los nuevos diseños arquitectónicos, así como en la transformación de los materiales utilizados.

Sin embargo, son muy pocos los bañezanos y comarcanos que conocen sus aficiones extra empresariales, como es la colección de viejas calesas, que dan una vuelta de manivela más a los orígenes de su vida laboral, allá por mediados de la década de los años cincuenta, como pinche en un antiguo taller de carros.



Una afición que resta a las horas de descanso, utilizando aquellas enseñanzas que aprendió de joven, siendo casi un chaval. «Empecé a trabajar a los doce años en el taller de Sergio Santos, un conocido carretero de La Bañeza, para pasar, año y medio después a otro, también muy conocido en la ciudad, como era el de Antonio Sevilla» confiesa. Bernardo Santos había mamado en casa el ruido del martillo y el pilón sobre el yunque, porque era uno de los hijos del herrero de Requejo de la Vega. Nieto de herrero y sobrino de herrero. Sin embargo, había que enseñar a los chicos nuevas perspectivas de ese oficio. De ahí el aprendizaje en los secretos de la restauración y reconstrucción de los carros.

Unos secretos en los que la maña y la fuerza se combinaban en el montaje de bujes, radios, piñas y aros, hasta conformar aquellas ruedas que soportaban toneladas y toneladas de los transportes de primeros del siglo XX. Entre el cisco de la fragua y el fuelle de alimentación del fuego, recreciendo ejes y torneado en la fundición de Diéguez.

Todo un rompecabezas

Posteriormente, a Bernardo Santos Peñín se le volvió a quedar pequeño el taller carretero, y a los quince años viaja a Bilbao, donde, a lo largo de cuatro, aprendió el oficio que posteriormente ha supuesto prácticamente toda su vida empresarial. Estableciéndose primero en la localidad de Castrotierra de la Valderna y posteriormente, ya en La Bañeza. Sin embargo, Bernardo Santos, sigue soñando aún con carros de ruedas de hierro y de palo. Un día, en una obra, otro en un derribo, se hace con el desguace de las dos primeras calesas, que compra a sus respectivos dueños. «Cuando llegué al taller, sólo traía algunos cachos, restos, dos rompecabezas que había que ir montando, poco a poco».

A partir de ese momento, Santos Peñín comenzó, sin descanso, a restaurar estos curiosos carruajes. Desde la maderas de la caja, a las varas, desde los ejes a los cabezales, los radios, las piñas, los aros. Una gran labor de rehabilitación cuidando hasta el más mínimo detalle que supone muchas horas empleadas de trabajo.

La ilusión de los carros

Para Bernardo Santos Peñín la restauración de estas calesas es toda una afición que mima desde que comenzó en ello. «En la parte de atrás del taller, tuve que hacer una enorme hoguera para ajustar los aros de las ruedas, pero todo el esfuerzo y el trabajo realizado compensa cuando las puedes admirar, ahora que ya están rematadas». El resultado, de momento, son cuatro las calesas restauradas para su particular colección. En alguno de los casos ha tenido que diseñar el mismo los artilugios de una capota, para que un tapicero la rematara. «De



momento, quiero dejarle una calesa a cada uno de los seis nietos que tengo» asegura orgulloso. Un vehículo que fue un signo de gran distinción hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. «Estos cochecitos eran utilizados por las gentes pudientes de los pueblos de los alrededores, para ir a las ferias y mercados, para pasear y para sus negocios». Alguna tiene matrícula y licencia municipal de un pueblo de la provincia de Zamora. Bernardo Santos Peñín sigue soñando y renaciendo estos cochecitos, que enseña a sus clientes, a gentes que se desvían de la Autovía del Noroeste, para intentar comprarle una de sus calesas, ofreciendo cantidades económicas muy sustanciosas. Pero Santos Peñín no vende sus ilusiones a cambio de nada. Esos sueños que empiezan a ser efectivos, cuando deja el electrodo de la soldadura y la escuadra de la carpintería metálica y se hace carretero en las horas libres, en las horas de la fantasía, aunque lleven parejos los ruidos del mazo sobre el yunque, pero con la poesía y los versos de la imaginación.

Polo Fuertes.- La Bañeza